

El Norte y la nación en Juan B. Terán, Ricardo Rojas y Alfredo Coviello

SOLEDAD MARTÍNEZ ZUCCARDI

En las primeras décadas del siglo XX el Norte aparece como objeto frecuente de representación en las intervenciones teóricas de algunos sectores del campo intelectual argentino. El interés por tal espacio, que en esos años comienza a definirse y reconocerse en los textos como región, se ve íntimamente vinculado con la necesidad de justificar la fundación y el desarrollo de una Universidad para esa parte del país:¹ la Universidad de Tucumán, proyectada en 1909, inaugurada en 1914 y nacionalizada en 1921. Con la creación de esta casa de estudios Tucumán parece afianzarse como centro cultural del Norte del país. La provincia constituía ya el centro económico de la región a partir del espectacular crecimiento de la industria azucarera. Desde los últimos años de la década de 1870 y, de modo especial, durante el decenio del ochenta, tal industria se había visto beneficiada por ciertos gobiernos nacionales, a cuyos funcionarios el empresariado tucumano estaba muy ligado, y que, de acuerdo con una política de fomento de las industrias regionales ejecutada como un modo de conservar la paz y

¹ Así lo ha señalado ya Gaspar Risco Fernández (1991), quien afirma precisamente que en el Norte “el origen y desarrollo del planteo regional a nivel crítico está íntimamente ligado a la existencia de la Universidad de Tucumán” (165).

de promover la consolidación nacional, impulsaron una serie de medidas tendientes a favorecer el proceso azucarero.² Con la industrialización Tucumán exhibió un significativo desarrollo urbano y rural y experimentó una rápida modernización de su fisonomía. En este sentido, constituiría para algunos autores, y al igual que Mendoza, una excepción en relación con otras provincias del interior, todavía incapaces de incorporarse al mercado mundial (Romero 2004: 22-23). Al calor de ese clima de prosperidad, algunas figuras cercanas a la elite industrial local comienzan a revelar en los primeros años del nuevo siglo una hasta entonces inédita inclinación por la organización cultural y se abocan, entre otras tareas, a la gestación de la Universidad de Tucumán.

Este trabajo pone en diálogo un corpus textual articulado luego de un detenido rastreo y compuesto por una serie de escritos –de tono y extensión diversos– ligados a distintas etapas del ciclo de creación y evolución de la Universidad tucumana: “Origen de una nueva Universidad” (1909), de Juan B. Terán, *La Universidad de Tucumán* (1915), de Ricardo Rojas y *El sentido integral de las universidades regionales* (1941), de Alfredo Coviello. Su objetivo es mostrar el modo en que estos textos fundan, construyen o bien legitiman el Norte argentino, y postulan a Tucumán, “cuna de la Universidad”, como el centro de la región. El análisis intenta asimismo resaltar el carácter estratégico que esas representaciones adquieren en relación con los

² Ver Guy (1981). La ampliación de las redes ferroviarias, el proteccionismo aduanero, la creación del mercado de mano de obra y la facilitación del acceso al crédito son algunas de las medidas consideradas por la autora. Ella afirma que el fomento de las industrias regionales formó parte de una campaña política del régimen del ochenta que se interesó particularmente por promover la paz en provincias como Córdoba, Mendoza y Tucumán, por cuanto constituían, además de “centros regionales naturales”, importantes ciudades militares que requerían gobiernos leales capaces de impedir movimientos separatistas (13). En el caso de Tucumán, la nación buscaba crear una provincia “adicta” que abasteciera y vigilara a las provincias vecinas (17). En lo que atañe a la elite provincial, ver Bravo y Campi (2000) y Herrera (2006). En sendos estudios específicos, los autores examinan, desde diferentes enfoques, la constitución durante la segunda mitad del siglo XIX de ese sector consolidado a partir del crecimiento de la industria azucarera, que concentraba el poder político y económico de la provincia a la vez que gozaba del mayor status social, y que en ocasiones estuvo muy ligado al aparato estatal nacional.

proyectos impulsados por sus autores.³

La reflexión sobre el Norte presente en este corpus se inscribe en el marco de una problemática más vasta que atraviesa de modo obsesivo el campo intelectual argentino desde su delineación como tal en los años del Centenario, según han descripto Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo (1997: 161-162), y que gira en torno a la pregunta por la identidad nacional. En una época en que los intelectuales de entonces perciben la presencia de una grave crisis moral y de la sombra amenazante de la disolución nacional, responder esta pregunta se convierte en tarea perentoria y urgente para contribuir a los anhelos de un desarrollo armónico del país y al afán de consolidación del “espíritu nacional”. Entre las diversas respuestas ensayadas, interesan aquí sobre todo aquellas que implicaron volver la mirada hacia el “interior” del país, supuesto reservorio de la “auténtica” tradición nacional en tanto era pensado como un espacio no contaminado por los influjos disolventes de la civilización y del cosmopolitismo.⁴ En relación con tal horizonte de ideas y sentidos –que constituye, a su vez, un componente significativo del ideario nacionalista afianzado hacia 1910–, las páginas que siguen procuran también analizar los términos en que el Norte es visualizado y propuesto como un instrumento de equilibrio nacional en los textos mencionados.

³ Con el término *representación* me refiero en este trabajo a esas construcciones discursivas efectuadas como un modo de aprehender una realidad dada pero que revelan acaso más acerca de los sujetos que las construyen que de aquello que buscan representar. En este sentido, considero particularmente iluminador el enfoque desplegado por Edward Said en su conocido estudio sobre las representaciones del orientalismo en la cultura europea. El autor cuestiona el hecho de que pueda haber una verdadera representación de algo en la medida en que las representaciones, en tanto constituyen precisamente representaciones, “están incrustadas primero en la lengua y después en la cultura, las instituciones y el ambiente político del que las hace”, y se ven, por lo tanto, comprometidas y entrelazadas con muchas otras realidades además de con la “verdad” de la que ellas mismas son una representación (2004: 360-361). Agrega además que las representaciones actúan “con un propósito, de acuerdo a una tendencia y en un ambiente histórico, intelectual e incluso económico específico” (361). Bajo esta luz, procuro examinar los términos en los que Terán, Rojas y Coviello representan el Norte argentino teniendo en cuenta la relación que liga esas construcciones con las iniciativas apoyadas o impulsadas por sus autores.

⁴ Esta valoración del interior del país fue expresada, según afirman Carlos Payá y Eduardo Cárdenas (1978), por algunas figuras del grupo nucleado en torno a la revista *Ideas* (Bue-

Juan B. Terán. Fundación de una Universidad y de un espacio regional

Miembro conspicuo de la elite política, industrial e intelectual tucumana, Juan B. Terán (1880-1938) fue el ideólogo, fundador y primer rector de la Universidad de Tucumán.⁵ “Origen de una nueva Universidad” constituye la exposición de motivos presentada en 1909 en la Legislatura provincial para fundar el proyecto de ley de creación de la casa de estudios, sancionado en 1912. Publicado originariamente por Terán en 1918 en el libro *Una nueva Universidad*, el escrito fue incluido luego en *La Universidad y*

nos Aires, 1903-1905) y constituido por Ricardo Rojas, Manuel Gálvez, Juan Pablo Echagüe, Ricardo Olivera, Alberto Gerchunoff, Emilio Becher, entre otros. Muchos de ellos habían nacido en el interior o habían pasado largas temporadas de su infancia o adolescencia en las provincias, pero se habían desplazado muy jóvenes a Buenos Aires (19). Por su parte, Rodolfo Borello (1968) afirma que “en general, los ensayistas del Centenario (Gálvez, Rojas, Lugones) asientan la argentinidad en el interior, intocado, provinciano, no inficionado por el exotismo importado del Litoral” y que tal actitud, que “tiene raíces románticas que no excluyen la utilización de ideas a veces claramente positivistas”, revela “una indiscriminada tendencia a creer firmemente en valores no objetivamente demostrados: el pasado, la tradición” (1034). Por citar un ejemplo, las provincias son descritas en *El diario de Gabriel Quiroga* de Gálvez como ámbitos privilegiados para guardar la tradición colonial y la moral de “nuestro pasado” y aparecen definidas, de ese modo, como “refugio del alma nacional” (citado en Altamirano y Sarlo 1997: 192-193). Dos décadas después, la explosión de la literatura de ideas y el movimiento del revisionismo histórico reforzarían, como advierte Oscar Terán (2004), la idea de un interior resistente a la modernización que se torna en paradigma de la verdadera argentinidad (56). Es interesante observar que en el caso de Europa, valoraciones similares a éstas surgen desde las postrimerías del siglo XVIII y se vinculan con la “pasión romántica por el campesinado puro, sencillo y no corrompido” que analiza Eric Hobsbawm (2000: 113).

⁵ Acompañaron a Terán en el proceso de organización y puesta en marcha de la institución el poeta modernista afincado en la provincia Ricardo Jaimés Freyre, el sabio naturalista Miguel Lillo, así como un grupo de jóvenes miembros de la elite provincial como Alberto Rougés, José Ignacio Aráoz, Juan Heller, José Padilla, entre otras figuras que integraron el primer Consejo Superior de la casa de estudios. Por otra parte, es necesario mencionar que el proyecto de Terán se apoya en una serie de instituciones ya existente en Tucumán y se concibe como continuación de algunas iniciativas antes desarrolladas allí. La Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Políticas, de breve vida, el Colegio Nacional y sus “cursos libres de Derecho”, los cursos libres de la Sociedad Sarmiento, la labor desplegada desde la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* (1904-1907) son, entre otros, algunos de los antecedentes de la creación de la Universidad considerados por Carlos Páez de la Torre (h) (2004: 7-26).

la vida, editado en Buenos Aires en 1921 y recogido posteriormente con el mismo título en el tomo V de las *Obras completas* del autor, aparecidas en 1980. Se trata de un texto breve, de carácter argumentativo y programático, y que, de acuerdo con los señalamientos de la bibliografía consultada, puede considerarse pionero en la reflexión sobre la idea de región en el Norte.⁶

Terán organiza sus fundamentos a partir de la manifestación de lo que concibe como dos necesidades: la necesidad de una Universidad para el Norte argentino y la necesidad que tiene el país de una región norteña con Universidad. Conjuga así de modo estratégico los intereses regionales y los nacionales. Afirma que la fundación de la Universidad, erigida en una zona azucarera e intensamente industrial, constituye una etapa lógica en la historia económica de la región “como también necesaria desde otro punto más amplio y nacional”. Desde su perspectiva, la institución proporcionaría los medios idóneos para desarrollar científicamente la industria azucarera y evaluar su producción y, de ese modo, permitiría legitimar el proteccionismo del que tal industria gozaba. Por este motivo, la iniciativa es presentada como “una obra de armonía y de solidaridad nacional, no obstante su aspecto regional”.

La argumentación en favor de la creación de la Universidad está estrechamente ligada a la postulación del Norte como región. Además del factor económico con el que inicia sus fundamentos, Terán proporciona argumentos demográficos, geográficos, históricos, y “espirituales” para probar la existencia de una unidad regional. Describe el Norte como una extensa zona poblada, cuyas provincias –menciona a Tucumán, Santiago del Estero, Salta, Catamarca y Jujuy– representan más de un millón de habitantes. Su centro “de atracción natural” sería la ciudad de San Miguel de Tucumán, que representa como una capital de “vida industrial y agrícola activa e inte-

⁶ Raúl Armando Bazán (1986) afirma que en la fundamentación de Terán para la creación de la Universidad aparece manifestada “originariamente” la “idea de estructura regional” (11). Por su parte, Elena Perilli de Colombes Garmendia (2000) nombra a Terán en primer término al mencionar los orígenes del planteo regional en Tucumán (205) y a él atribuye, junto al filósofo Alberto Rougés y a Ernesto Padilla –cuyo gobierno provincial aprobó la creación de la casa de estudios–, el haber despertado la conciencia regional (214).

ligente”, y que “tiene una tradición escolar”, a la que dedica unos breves párrafos. Pero Terán se detiene sobre todo en demostrar la unidad histórica del Norte, cuya división política sería un hecho “relativamente moderno”, que “en todo momento intervino con acción común en la evolución argentina”:

Lo hizo durante la guerra de la independencia; constituyó luego su autonomía el año 20, con Santiago y Catamarca; durante diez años tuvo una dirección política única y fue en su consecuencia a una guerra internacional que sólo el norte soportó –con Santa Cruz el año 37; el año 40 constituyó la liga contra Rosas, y existe entre sus poblaciones un sentimiento indefinido, pero cierto, de afinidad, nada extraordinario, sin duda, desde que lo explica la comunidad de la tradición histórica, del medio geográfico, de una estrecha semejanza étnica y de una evolución moral conjunta (Terán 1980: 17).

Terán imagina el Norte como una comunidad, cuya geografía, etnia, y, sobre todo, historia comunes la dotarían de unidad, a la vez que otorgarían a sus miembros el sentido de pertenencia a una entidad compartida. Una “misión” central de la Universidad que proyecta sería precisamente la de “revelar esa unidad en el pasado” –que, a su juicio, “ha quedado oscurecida en la vaguedad o unilateralidad de la historia oficial”– para “hacer su fuerza y conciencia”. En su “Proyecto de ley de creación de la Universidad” (1909)⁷ Terán plantea ya esta idea. Señala la necesidad de emprender la investigación histórica y sociológica de Tucumán y del Norte argentino, región que presenta “fenómenos propios”, como el haber sido colonizada por una corriente distinta de la que pobló el resto del país, pero cuyo papel en la historia posterior “ha quedado a la sombra”. La puesta en práctica de tales estudios permitiría sacar a la luz

⁷ Este texto fue incluido en la *Compilación histórica de la Universidad Nacional de Tucumán. Desde su fundación hasta el 31 de diciembre de 1936*, editada en 1964.

una tradición desconocida para el país, que será una fuerza social nueva con sus ejemplos, con sus virtudes. Hará amar el pasado, el pasado común a cinco provincias argentinas: Santiago, Tucumán, Catamarca, Salta y Jujuy (Terán 1964: 22).

Lo expuesto hasta aquí permite advertir que son diversas las operaciones que realiza Terán para fundar su proyecto: a) procura probar la existencia de rasgos propios para postular la unidad del Norte como región; b) establece la necesidad de estudiar e investigar este espacio; c) señala que tales investigaciones permitirían revelar la tradición de la región; y d) sugiere que el conocimiento de esa tradición estimularía los sentimientos y la conciencia regionales. Siguiendo esta línea de razonamientos, sugiere además que las provincias del Norte serían, en contraste con otras zonas del país y en tanto espacios donde se preserva la tradición, “sociedades genuinas”:

La distribución de las casas de estudios superiores que favorecería tan singularmente al litoral, aunque por razones muy claras en el pasado, en su injusticia política afectaba especialmente a la población nativa, las sociedades tradicionales y genuinas, las provincias mediterráneas de los confines del norte y oeste de la Nación (Terán 1980: 16).

En la medida en que constituye, a juicio de Terán, un órgano forjado en el seno de una sociedad “genuina”, y que tiene como uno de sus objetivos centrales el rescate de la tradición regional, la Universidad de Tucumán permitiría contribuir, desde su perspectiva, a la recuperación del auténtico espíritu nacional y de sus valores morales. Con una Universidad con características y propósitos como los que concibe, la región aparece visualizada como un instrumento útil y necesario para la nación, por cuanto ayudaría a combatir la situación crítica por la que ésta atraviesa. En efecto, Terán reitera hasta el cansancio que “los sentimientos e intereses que infantan (*sic*) la fundación son también sentimientos e intereses nacionales, y la Universidad será un órgano de equilibrio y armonía para ellos, proporcionándolos

y correspondiéndolos para cumplir el voto histórico y constitucional que quiere el país uno y vario al mismo tiempo” (1980: 19). Como tantos otros intelectuales de la época, Terán considera que uno de los principales problemas que afecta al país es la “crisis moral”, provocada por los cambios introducidos por la creciente inmigración y por los procesos de modernización de la sociedad experimentados desde las últimas décadas del siglo XIX y durante los primeros años del XX, y se muestra preocupado por proponer soluciones al respecto:

Al proyectar la Universidad he entendido considerar otro problema capital de nuestro momento histórico: el problema moral que plantea nuestra civilización que se desarrolla sin ideales.

La Universidad tiene, en efecto, un aspecto moral, porque nada como ella propaga fines superiores para la conducta. (...)

Es obra de previsión nacional fundar con esas esperanzas morales la Universidad de Tucumán, colocada como estaría, dentro del país, en condiciones singulares para cumplirlas. No ha sufrido, al igual del Litoral, la acción disolvente del cosmopolitismo ni se halla esclavizada por sentimientos tradicionalistas: no es ajena al progreso de las ideas que aquél aporta, y conserva sin desmedro el culto de los sentimientos domésticos, sociales y patrióticos, sinegésicos del alma argentina. Estaría destinada a cultivar y acendrar esos sentimientos, que son una fuerza de que la Nación dispone hoy y que está expuesta a perder mañana, a servir de eximio órgano del programa calurosamente expuesto por Ricardo Rojas y que el llama, acertadamente, de restauración nacionalista (Terán, 1980: 19-20).

Además de constituir otra muestra de la preocupación permanente de Terán por mostrar la perfecta adecuación de su proyecto regional a los intereses nacionales, estas palabras contribuyen a forjar la imagen del Norte como espacio incontaminado que conserva auténticos sentimientos patrióticos y valores morales –de acuerdo, en parte, con la visión del interior antes descripta– aunque rescatan los aspectos positivos de la civilización y

del progreso.⁸ En este sentido, la región es representada como un instrumento capaz de combatir los efectos de la amenazante crisis moral. Al tratar este problema, Terán define de modo explícito a la Universidad regional proyectada como un órgano al servicio del programa nacionalista impulsado por Rojas. Si se contrastan las ideas presentes en el proyecto de Terán con las propuestas desarrolladas en *La restauración nacionalista* (1909), pueden advertirse, en efecto, diversos puntos de contacto. Como se sabe, la restauración que Rojas propone implica una renovación entendida en términos espirituales y que, por lo tanto, sólo puede realizarse, según afirma el propio autor, a partir de una reforma educativa (1909: 358). Así, establece pautas acerca de cómo debe desenvolverse la educación argentina en sus distintos niveles: primario, secundario y universitario. Si bien no se detiene especialmente en este último nivel, define a las universidades como “centro de la vida científica y moral del país” (437). Y es de ese modo que Terán planifica la creación de la Universidad de Tucumán, con su aspiración de recuperar la tradición y los valores morales del Norte y proyectarlos al país como ideales positivos frente a la amenaza de disolución nacional. Para Terán, tal recuperación es posible, según se señaló ya, a partir de la indagación en la historia de la región. Esta idea de desarrollar el conocimiento de las regiones está también presente, aunque no alcanza un despliegue significativo, en el libro de Rojas, quien advierte específicamente acerca de la necesidad de formar las historias regionales (1909: 423). A la reconstrucción del pasado del Norte se abocaría, precisamente, la Universidad que Terán imagina.

Pero acaso el mayor punto de contacto entre el proyecto de Terán y el programa de Rojas sea la presencia de unos mismos anhelos y de un modo similar de concebir la nación que recorre los textos de ambos. Se trata de un repertorio de sentidos y creencias propias del nacionalismo, movimiento

⁸ Con este rescate de ciertos aspectos positivos de la civilización y del progreso Terán imprime un importante matiz en la idea de un interior puro y paradigma de la argentinidad a la que, como se ha señalado en la nota 4 de este trabajo, suscribían los principales autores del Centenario y posteriormente ciertos historiadores y ensayistas de la década de 1930. Terán, que quizás revela todavía una impronta ochentista, destaca que Tucumán conserva la “tradición nacional” pero que a la vez no constituye una zona ajena a la modernización.

de ideas que, como es sabido, comienza a definirse en la Argentina de los primeros años del siglo XX y ha recibido denominaciones tales como “primer nacionalismo”⁹ o “nacionalismo cultural”, para establecer distinciones respecto del nacionalismo político que se perfila ya avanzada la década de 1920 y que desde entonces hasta los primeros años de la década de 1940 fija con mayor fuerza y claridad sus rasgos distintivos (Zuleta Álvarez, 1975: 13). De acuerdo con las observaciones de Carlos Payá y Eduardo Cárdenas (1978: 13), el nacionalismo cultural, entendido como una doctrina coherente que interpreta el país y su historia, encuentra su expresión definitiva en dos obras: *La restauración nacionalista* ya citada y *El diario de Gabriel Quiroga* (1910) de Manuel Gálvez, cuyos autores piensan “el problema social desde una perspectiva nueva: la de la nación, considerada ésta como una personalidad histórica, animada de un alma propia, fruto de la emoción de sus paisajes, la fuerza de sus razas y el tesoro de sus tradiciones” (10). Al igual que estos nacionalistas “culturales”, Terán parece concebir la nación en el texto que aquí se analiza de ese modo intuitivo y emocional, que atiende sobre todo a los anhelos y deseos. Cree, además, en la existencia de un alma y un espíritu nacionales auténticos, que permanecen ocultos en regiones como la del Norte, y que es preciso recuperar para lograr el equilibrio nacional tan ansiado.

Al fundar la Universidad, Terán funda también un espacio y un proyecto de estudio sobre ese espacio. Tal proyecto comenzaría a concretarse pronto, a partir de la conformación de todo un movimiento de investigación de la historia de Tucumán y del Norte que cobra un notable impulso a partir de la publicación de libros y documentos vinculados con el pasado

⁹ Cabe mencionar que esta denominación ha sido objeto de un interesante cuestionamiento en un artículo de María Teresa Gramuglio (2002). Para la autora, el “primer nacionalismo argentino” “no sería el que predicaron Manuel Gálvez y Ricardo Rojas en sus libros del Centenario, sino el que puso en práctica el Estado liberal modernizador con sus programas educativos y otras estrategias culturales y sociales” (49). Advierte asimismo acerca del papel liminar de la generación del 37 en la configuración de la tradición interpretativa de la cuestión nacional. Del mismo modo, en su estudio específico sobre el nacionalismo, Fernando J. Devoto (2006) se remonta igualmente a los textos de Domingo F. Sarmiento, Juan Bautista Alberdi y Bartolomé Mitre para analizar el problema en un capítulo titulado de modo significativo “Contextos. El nacionalismo antes del nacionalismo”.

provincial y regional, y de la organización sistemática de archivos históricos en la provincia.¹⁰ Este movimiento implicó la producción de un nutrido conjunto de textos que compone un discurso en el que se fija una historia y una tradición para Tucumán y para el Norte argentino. Con la creación de la Universidad y la consecuente delineación de este programa de investigación, Terán no sólo anhela forjar una conciencia regional, sino también sacar al Norte de la oscuridad en que desde su perspectiva se encontraba y exhibirlo a los ojos de la nación como un instrumento de salvación. En este sentido, Terán parece concebir su labor –aunque no lo manifieste en estos términos– como una misión heroica cuya finalidad es rescatar y arrojar luz sobre un supuesto espacio oscuro. En el caso del Norte argentino, tal oscuridad estaría dada por la ausencia de una mirada nacional capaz de advertir el pretendido valor oculto en la región. La misión de Terán consiste entonces en lograr que la nación sumida en la crisis vea en el Norte un horizonte de esperanza. Esta representación heroica de la propia labor se verá acentuada en las palabras pronunciadas por Rojas a propósito de la inauguración

¹⁰ Se ha señalado que los primeros años del siglo XX constituyen una etapa central en la historiografía de Tucumán que implica el punto de arranque de la “historia científica en la provincia”, a partir de los estudios realizados por Terán, Ricardo Jaimes Freyre y Julio López Mañán, entre otros, y del impulso oficial brindado a la edición de textos de investigación histórica y a la organización de archivos (Leoni Pinto, 1995: 71ss). Algunos de los libros publicados en este período son: *Tucumán y el Norte argentino* (1910) del mismo Terán, *Tucumán antiguo* (1916) de López Mañán, los cinco libros de Jaimes Freyre aparecidos entre 1909 y 1916: *Tucumán en 1810*, *Historia de la República de Tucumán*, *El Tucumán del siglo XVI*, *El Tucumán colonial*, *Historia del descubrimiento de Tucumán* (los tres últimos publicados por la flamante universidad), las ediciones oficiales realizadas durante el gobierno de Ernesto Padilla (1913-1917): *Tucumán a través de la historia*. *El Tucumán de los poetas* de Manuel Lizondo Borda, *El Congreso de Tucumán* de Paul Groussac, el lujoso *Álbum del centenario*, etc. En cuanto a la organización de archivos, en 1913 Padilla nombra a Jaimes Freyre –que había sido enviado en 1910 por el gobierno provincial a los archivos de Salamanca y Sevilla para realizar investigaciones y copias de documentos coloniales vinculados con Tucumán– organizador del Archivo Histórico de la Provincia (Carilla, 1962: 61-62). Con respecto a la publicación de documentos históricos, la Universidad continuaría una iniciativa de la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* (1904-1907), fundada por Jaimes Freyre, Terán y López Mañán, que había desplegado un proyecto sistemático de divulgación de material inédito ligado a distintas etapas del pasado provincial y regional, y constituido por actas del Cabildo, reglamentos, proyectos de ley, códigos y antecedentes de las reformas de la constitución provincial, piezas relativas a la vida social tucumana de comienzos del siglo XIX, etc. (Martínez Zuccardi, 2005: 161).

de la Universidad que a continuación se analizan.

Ricardo Rojas. “El Tucumán” y su destino heroico

Aunque nacido en Tucumán, Ricardo Rojas (1882-1957) vivió su infancia y su adolescencia en Santiago del Estero y, muy joven, emigró a Buenos Aires. Allí, este “hidalgo provinciano” –según lo define David Viñas (1996: 34)– llegaría a ocupar, como se sabe, un lugar central en el campo intelectual porteño de las décadas iniciales del siglo XX. Al inaugurarse la Universidad de Tucumán en 1914, el entonces gobernador de la provincia, Ernesto Padilla, invita a esta figura, que gozaba ya de una sólida consagración a nivel nacional, a ocupar la cátedra de extensión universitaria. En ese marco, pronuncia tres conferencias que al poco tiempo serían reunidas en el libro *La Universidad de Tucumán*, editado en Buenos Aires al año siguiente. A los fines de este trabajo, interesa sobre todo la primera de esas conferencias, titulada “El ambiente geográfico y el nombre de la Universidad de Tucumán”, por cuanto intenta legitimar la existencia de una casa de estudios en el Norte a partir de la postulación de esta región como un espacio históricamente “destinado” a ser cuna de una Universidad y de un proyecto de recuperación de la tradición nacional. Si bien esta idea ya está presente en los fundamentos de Terán, para quien Tucumán, centro de la región del Norte, se erige en un “asiento señalado por la geografía y la historia de la Nación” (Terán, 1980: 17) para el establecimiento de una casa de altos estudios, el texto de Rojas se detiene de modo específico en el trazado del pasado ilustre de la región que él prefiere llamar “el Tucumán”, y, de ese modo, exalta aún más la idea de destino esbozada por Terán.

Rojas comienza su conferencia, pródiga en figuras retóricas y frases grandilocuentes, asumiendo el punto de vista afectivo desde el que explícitamente declara pronunciarla:

Mas no mi largo estudio, que poco vale, sino mi grande amor es lo que invoco; mi amor por estas tierras legendarias del Tucumán donde he nacido, y a donde ya hombre aleccionado por el pensamiento y por el mundo, torno para decir que aquí se esconde la

fuelle más pretérita, más acendrada y más fecunda de las esperanzas argentinas... Órgano esclarecido de ese destino que está inmanente en vuestra tierra histórica, habrá de ser esta Universidad que acaba de erigirse en el norte de la república para tramsutar aquel sino territorial en cultura nativa por el sabroso fruto de la ciencia y la suntuaria flor de la belleza, tal como el propio bosque tucumano tramsuta el zumo de esta misma tierra en dulzura de pulpa nutricia y en decoro de liana y orquídeas sobre sus anchas tipas seculares (1915: 21-22).

No resulta extraño que Rojas elija para hacer referencia al Norte el nombre histórico de la región cuyo pasado intenta reconstruir. Afirma que “el Tucumán” es un nombre anterior a la nacionalidad argentina, a la conquista española y a la expansión incaica, y que se halla, además, indisolublemente adherido al suelo que designa, “como si fuera un bautismo de Dios”. Se detiene largamente en la reconstrucción de la “antigüedad prístina de vuestro nombre regional” y cita algunos escritos coloniales donde el vocablo aparece. Considera distintas teorías construidas en torno al posible origen de la voz “Tucma” y concluye destacando el misterio que rodea tal origen:

Por eso digo que ese nombre del Tucumán surge desde el misterio de la prehistoria americana, brillante ya en las páginas de Garcilaso, pero que tiene, como un astro a la noche, por fondo de su luz la noche ignota de los más remotos tiempos americanos (1915: 34).

En efecto, existen abundantes controversias en torno a la etimología de la voz “Tucumán”, que parecen haber “alentado la imaginación de los historiadores” (Páez de la Torre, 1987: 15). Sin embargo, llama la atención la postura elegida por Rojas que, a pesar de proponerse esbozar un panorama histórico de la región, prefiere resaltar el carácter inexplicable y remoto de ese nombre que cree mágicamente adherido a la tierra y conferido directamente por Dios. Exhibe, así, una actitud más bien a-historicista que con-

tribuye a forjar una imagen casi mítica y épica de “el Tucumán”, afin a la idea de destino que proclama. Si Rojas concede tanta importancia a esta denominación es porque cree, según declara, que la Universidad lleva en ella su definición y tiene, por lo tanto, como principal misión restaurar la génesis de este “nombre legendario”. Muestra que “el Tucumán” del siglo XVII

no designaba una región administrativa de límites precisos, sino una entidad espiritual, especie de numen de la nacionalidad argentina que estaba encarnándose en un cuerpo geográfico, quien, a través de integraciones y pérdidas parciales, vendría a constituir el territorio del “virreinato” primero, las “provincias unidas” más tarde, la “confederación” posteriormente, y, por fin, la “nación argentina” de nuestros días (1915: 41-42).

Así, este nombre, “que adjetivaba casi todos los pueblos y los seres que su gran territorio contenía” –Rojas menciona que se hablaba de “Córdoba del Tucumán” o de “La Rioja del Tucumán”– es presentado como un símbolo de la unidad nacional. Si bien advierte que más tarde esta unidad se desgranaría, afirma que, no obstante, la ciudad de San Miguel de Tucumán se convertiría en “la heredera del nombre, las responsabilidades y la gloria de aquel sucesivo Tucumán de los incas, de los reyes y de los héroes”. No sería entonces casual para Rojas que en esta ciudad heroica, a la que, por otra parte, le tocó iniciar la fundación de una república regional, según evoca, naciera una Universidad. Por el contrario, él manifiesta un afán evidente por mostrar la creación de la casa de estudios como un hito más en el linaje de los grandes sucesos acontecidos en Tucumán.

La Universidad creada en este espacio postulado como numen de la nacionalidad argentina y donde se escondería la fuente de las esperanzas del país, tiene, desde luego, “un destino nacional que cumplir”, que estaría centrado, precisamente, en la restitución del espíritu de esa unidad primigenia contenida en el nombre que designa la región. Para Rojas, la recuperación de este destino adquiere particular importancia en el contexto de las circunstancias históricas que entonces se viven. A su modo de ver, la pers-

pectiva de la culta Europa en guerra obligaría a la Argentina a consolidar su cultura. Afirma que la “catástrofe europea” deja “a nuestro país, hijo hasta ahora de aquella, en la inminencia de una nueva emancipación nacional”: “crear una cultura propia en el nuevo mundo por la autonomía de la riqueza y del ideal” (1915: 54). La Universidad surgiría así “en un momento providencial”. “Providencia”, “Dios”, “destino”, “advenimiento”, son algunos términos a los que Rojas recurre con frecuencia para reforzar la idea de que la Universidad y el Norte están “llamados” a salvar la nación:

(...) concibo los orígenes de esta escuela como una germinación de invisibles simientes vitales. De ahí que los iniciadores de esta Universidad exceden ante mis ojos (...) el límite de los simples aciertos burocráticos, para entrar en la zona de lo sacerdotal y lo misterioso, como inspirados intérpretes de un gran destino. Por eso la Universidad de Tucumán es más que una fundación: es un advenimiento!

(...) porque ella surge en hora propicia y alentada por la fe de una misión necesaria, como síntesis intelectual de todas las fuerzas cósmicas e históricas que ennoblecieron la fama de esta comarca en la conciencia argentina (Rojas 1915: 22).

La representación del intelectual heroico encargado de rescatar el Norte de la oscuridad que la exposición de Terán apenas sugería aparece no sólo explicitada con claridad en estas palabras de Rojas, sino sensiblemente exaltada hasta alcanzar ribetes sacros y casi sobrenaturales. Los impulsores de la nueva Universidad serían intermediarios en el cumplimiento de un destino histórico latente en el Norte y de consecuencias positivas para la nación. Es posible inferir que el mismo Rojas se incluye en esa representación, por cuanto se muestra capaz de ver y comprender los, a su juicio, vastos alcances del advenimiento del que habla, que se encontrarían ocultos a los ojos de otros. Su propio discurso se convierte así en una suerte de anuncio de una verdadera profecía. La asunción de esta posición que, por otra parte, parece fundarse en la centralidad conferida a la cultura en esta

etapa –para Rojas la salvación del país pasa por la educación– torna al intelectual en verdadero profeta.

Alfredo Coviello y la “regionalidad” como cura para un país enfermo

Si bien careció de títulos universitarios, la trayectoria de Alfredo Coviello (1898-1944) se ve, paradójicamente, muy ligada a la Universidad de Tucumán, a cuya labor como consejero de la institución se debe la creación de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales y la modernización de la Facultad de Bioquímica. Aunque su acción universitaria se despliega hacia finales de la década del treinta, cuando Terán ya estaba ausente, Coviello se postula como una suerte de continuador de la obra del fundador y como un hombre también preocupado por conjugar los proyectos universitarios y regionales con las necesidades del país. Los problemas nacionales que inquietan a Coviello parecen ser los mismos que preocupaban a Terán y a Rojas, a pesar de los años transcurridos entre la articulación de las propuestas de cada uno de ellos. En efecto, la preocupación por la disolución nacional y por el avance de la crisis moral seguía a la orden del día, aunque cobraba nuevos matices en el contexto inaugurado por la crisis económica, política e institucional de 1929-1930, que, como advierte Oscar Terán, “afectó autoimágenes nacionales largamente construidas”, en especial, la creencia en el inexorable ascenso social de los argentinos y en el lugar privilegiado de la Argentina en el mundo (2004: 51).

Para inaugurar la primera entrega de *Sustancia*, la revista cultural que fundó y dirigió en Tucumán desde junio de 1939 hasta su muerte, Coviello recurre a un miembro de la generación anterior como Rojas, quien escribe una colaboración especial presentada por el director de la publicación como un “mensaje inequívoco dirigido a nuestra juventud provinciana”, cuyos conceptos declara compartir con amplitud. Se trata de un breve texto cuyos reclamos no difieren demasiado de aquellos esbozados por Rojas en sus ensayos del Centenario: hace referencia a la pérdida de cohesión moral y de conciencia histórica, critica la “barbarie confortable” y sin ideales en la que ha devenido el país por acción de la civilización y del progreso, y

afirma la consecuente urgencia de “restaurar la conciencia americana de las provincias y su anhelo de creación regional”. Declara que “para superar el materialismo cosmopolita y frívolo de nuestro tiempo, los pueblos del interior deben empezar por constituirse en centros de autonomía cultural” (Rojas, 1939: 7).

Es interesante observar que el discurso y la figura de Rojas aparecen como un punto de unión entre los proyectos universitarios y las reflexiones sobre la región desarrollados tanto por Terán como por Coviello. Ambos parecen encontrar en el programa de Rojas un espacio de legitimación de sus propias iniciativas, que a la vez confieren a éstas una dimensión nacional. En efecto, las declaraciones de Rojas incluidas en *Sustancia* expresan el mismo anhelo que Coviello repite hasta el cansancio en muchos de los numerosos libros que escribió así como en las páginas de su revista, y que intenta también poner en práctica a partir de su acción universitaria: la “descentralización de la cultura”, esto es, el desarrollo de la cultura en las regiones. Desde su perspectiva, tal proyecto encuentra en la Universidad un órgano central. Así lo manifiesta en *El sentido integral de las universidades regionales* (1941) –libro extenso editado en Tucumán que el autor presenta no como “un producto intelectualista”, sino como “simple crónica viviente en el problema de la Universidad argentina”– que traza un panorama de los principales problemas que aquejan al país y propone la idea de “regionalidad” como una salvación del destino nacional.

En otro libro de su autoría, *Geografía intelectual de la República Argentina*, aparecido en el mismo año, Coviello establece que el país está dividido “naturalmente” en cinco regiones, además del área cubierta por la Capital Federal: “norte, centro, cuyo, litoral, y sud”. En *El sentido integral de las universidades regionales* retoma esta idea y desarrolla con mayor amplitud su concepto de región. Distingue las regiones de las provincias, por cuanto no están delimitadas constitucional, legal y políticamente ni dibujadas en la carta magna o descriptas en ley alguna, pero son “formaciones naturales” que impulsan el destino de una zona (1941: 22-23). Afirma que cada región se caracteriza por “una serie de factores naturales, económicos, industriales y aun por una serie de hechos históricos” (21), y por poseer “un alma, una conciencia, plena o parcialmente desarrollada” que es necesario esti-

mular. Fiel a la idea nacionalista de un interior puro e incontaminado, afirma que es en las regiones donde “más se halla cimentada la tradición, en el más esencial sentido de la argentinidad” (22). A su criterio, cada región aspira a un desarrollo integral y, ávida de “integralizar” (*sic*) su cultura, aspira siempre a ser asiento de una Universidad.

Sin embargo, para Coviello, las regiones no están en la Argentina suficientemente desarrolladas. Para explicar esta idea, compara el país con un organismo: la capital sería la cabeza, de crecimiento desproporcionado, y las regiones, el débil cuerpo. La “anormalidad” de la Argentina estaría provocada por una “excesiva acumulación sanguínea en la cabeza”. Así, para “un desarrollo proporcional y armonioso de todo el organismo” advierte la necesidad de una “sangría metropolitana” y de impulsar “la irrigación sanguínea en las regiones, para no dejar languidecer el cuerpo” (23). Coviello juzga central la “proporcionalidad geográfica” del país y afirma que de ella depende su equilibrio cultural. Establece así un cruce entre geografía y cultura, que se advierte con claridad en su concepto de “regionalidad”, término que, según sus palabras, “ha de interpretarse como proporcionalidad, como armonía cultural, como equilibrio del desarrollo intelectual, como desarrollo normal –no hipertrofiado– de la salud espiritual del país” (32). En este sentido, la regionalidad sería una responsabilidad nacional:

La Nación, como entidad de conjunto, debe tener un interés extraordinario en armonizar, en equilibrar la formación del cuerpo que constituyen las provincias. Y el mejor modo es fomentando el desarrollo gradual, intenso, profundo, integral de la región. Quizá aquí resida su más grave responsabilidad para la argentinidad del futuro nacional (Coviello, 1941: 32).

Las universidades regionales son representadas como el principal instrumento de este anhelo de regionalidad que Coviello visualiza como “auténticamente argentino e indesvirtuamente patriótico”. Para él, al igual que para Terán y para Rojas en el caso de la Universidad de Tucumán, las universidades regionales constituyen órganos de equilibrio nacional:

El desarrollo integral de las universidades regionales es, pues, una contribución paralela a otras que tienden a conquistar el establecimiento de un equilibrio interno que no existe actualmente en el país. No son solamente faros que iluminarán vastas regiones, sino focos de luz que atraerán con fuerza propia (Coviello, 1941: 189).

El concepto de Universidad esbozado por Coviello presenta algunos puntos de contacto con el de Terán, por cuanto habla de una “Universidad de la región, con hombres de la región”, con “conciencia de su responsabilidad local”, que tenderá a “arraigar a la juventud en su propia zona”, y que “ha de estudiar sus propios problemas”. En efecto, Coviello parece querer continuar el proyecto de investigación sobre la región que Terán iniciara, a partir de la organización del Departamento de Investigaciones Regionales, que se ocuparía del estudio integral del Norte del país desde distintas áreas y campos disciplinarios, según advierte en el proyecto de creación del departamento incluido en *El sentido integral de las universidades regionales*.¹¹ Sin embargo, también se muestra preocupado por que la Universidad tucumana quede circunscripta a límites exclusivamente regionales. Desde su punto de vista, lo regional debe conjugarse con lo que denomina “integral”, cuyo sentido asimila a “universal”. Justifica así la necesidad de crear también facultades “integrales”, como las de Derecho y Ciencias Sociales y Bioquímica, constituidas, según se indicó ya, por su iniciativa.

En sus reflexiones sobre la cuestión universitaria, Coviello se detiene especialmente en el aspecto político. Define a la Universidad como un “ente super-cultural” que no debe inmiscuirse en política. Afirma que si en su ámbito ha de reinar la ciencia pura, es absolutamente imprescindible la

¹¹ El Departamento de Investigaciones Regionales fue creado en 1937. Coviello lo proyectó como un órgano dedicado exclusivamente a fomentar las investigaciones regionales en la zona Norte del país, cuyo objeto era “hacer revivir el espíritu regional de la Universidad” (Coviello, 1941: 44). El departamento se compondría de varios institutos, unos existentes y otros a crearse, que abarcaban las áreas de medicina, historia, lingüística, folklóre, investigaciones botánicas, económicas, sociológicas, técnico-industriales, entre otros campos.

libertad de pensamiento, y advierte que el investigador necesita “una serenidad de espíritu que puede ser desvirtuada por la pasión política” (165). Este “pensamiento apolítico” de la Universidad que Coviello percibe como característico de su época y al que él mismo declara adherir se relaciona con el modo de concebir la cultura y la labor intelectual dominante en la década de 1930. Como ha mostrado Jorge Warley (1985), se trata de un modelo que acusa la influencia de las posiciones de autores como Julien Benda y José Ortega y Gasset, “que repudian la sociedad de masas y la politización de la vida pública que ha arrastrado a los intelectuales, y aspiran a que ellos, en un movimiento arcaizante, vuelvan a ocupar su lugar de voz rectora, reflexiva y ética, ajena y por sobre lo político” (53). Esta concepción, señala Warley, supone la teoría de las elites intelectuales como “células de reserva de la cultura; el sostenimiento de pequeños pero luminosos *espacios de la inteligencia* en un mundo que ven precipitarse en la barbarie” (53). En los escritos de Coviello, y también en los de Terán y en los de Rojas, la educación, la cultura y la labor intelectual son representadas, al igual que el Norte y las regiones, como espacios de esperanza a los que aferrarse en un mundo y un país cuyo derrumbe confían evitar.

Conclusiones

El análisis desplegado ha procurado realizar una lectura de los textos de Terán, Rojas y Coviello que tuviera en cuenta distintos niveles. En primer lugar, se ha advertido que se trata de escritos que presentan una finalidad pragmática fácilmente identificable y que gira en torno a la necesidad de justificar o apoyar planes ligados a la creación y el desarrollo de la Universidad de Tucumán. Dadas las numerosas críticas que estas iniciativas recibían desde Buenos Aires,¹² tal finalidad no resulta en modo alguno un

¹² En efecto, a poco de presentado el proyecto de creación de la Universidad en la Cámara de Diputados, el diario *La Nación* le asestaba una fuerte crítica que negaba la existencia en Tucumán de un ambiente adecuado para una fundación universitaria (Paéz de la Torre, 2004: 43-47). Por su parte, Coviello hace frecuentes referencias a los juicios contrarios a sus iniciativas que veían, por ejemplo, como “superposición de escuelas” la creación de facultades como las de Derecho y Bioquímica, ya existentes en la Universidad de Buenos Aires (Coviello, 1941: 157ss).

dato desdeñable. Si bien las argumentaciones al respecto se centran en diferentes aspectos, los tres autores coinciden en tener siempre presente una perspectiva nacional, y plantean sus proyectos –en el caso de Terán y de Coviello– o los legitiman –en el de Rojas–, mostrándolos como beneficiosos para el equilibrio nacional. Estas operaciones estratégicas se ven, por otra parte, fortalecidas por la visión esperanzada del interior como espacio de surgimiento de la salvación del país a la que se aludió al comienzo de este trabajo. Es posible advertir en este punto la presencia de cierta sintonía ideológica entre visiones como éstas que circulaban en el campo intelectual porteño –a partir de textos como los de Gálvez y el mismo Rojas, entre otras figuras aglutinadas en torno a la revista *Ideas*, y, más tarde, a partir de las propuestas de algunos historiadores y ensayistas ligados al revisionismo histórico y a la explosión de la literatura de ideas durante la década de 1930, según se indicó ya¹³– y las intervenciones gestadas en el Norte. Se trata de una sintonía que, paradójicamente, serviría para legitimar la construcción de un polo de cultura alternativo al de la capital del país como el que comenzaba a gestarse en Tucumán durante esa etapa.

Por otra parte, los textos han sido leídos también como componentes de un discurso que diseña un mapa en el que aparecen las siluetas de Tucumán, de la región y de la nación. Estos espacios, que son construidos sobre todo como anhelos, constituyen verdaderas *comunidades imaginadas*, según la conocida expresión de Benedict Anderson. La nación es imaginada como una entidad espiritual dotada de un alma y de una tradición, cuya unidad se halla, sin embargo, amenazada. En este marco, el Norte es propuesto, de acuerdo con una tradición romántica y decimonónica europea, como un horizonte de regeneración para el país, porque él, cuyo pasado condensa la unidad originaria, guardaría la “verdadera” tradición y los “auténticos” valores nacionales.

Se han reconocido además en el corpus algunos índices del modo como se autorrepresentan sus autores. En sus construcciones discursivas del Norte, Terán, Rojas y Coviello, que tienen un objetivo que lograr, se represen-

¹³ Ver nota 4 de este trabajo.

tan a sí mismos como artífices o participantes de una misión heroica centrada en la salvación moral del país a partir de la educación y de la cultura. En efecto, sus textos dan cuenta acaso menos del Norte “real” que de la colección de sueños, anhelos e intereses que, al imaginarlo, habita a cada uno de sus autores. Conviene advertir no obstante que aunque representaciones como éstas operan mayoritariamente en el plano del deseo y la imaginación, ellas pueden tornarse –según revelan de distintos modos autores como, entre otros, los ya citados Anderson y Said– extremadamente eficaces y poderosas. El curso de la historia ha mostrado que sueños homogeneizadores de armonía, equilibrio y unidad como los nacionalistas pueden engendrar verdaderos monstruos.

Bibliografía

- Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo [1983] (1997): *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel.
- Anderson, Benedict [1983] (1997): *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bazán, Armando Raúl (1986): *Historia del Noroeste argentino*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Borello, Rodolfo (1968). "El ensayo moderno: Martínez Estrada". *Historia de la literatura argentina* III. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, pp. 1033-1056.
- Bravo, María Celia y Daniel Campi (2000): "Elite y poder en Tucumán, Argentina, segunda mitad del siglo XIX. Problemas y propuestas". *Secuencia* 47, nueva época, mayo-agosto, pp. 75-104.
- Carilla, Emilio (1962): *Ricardo Jaimes Freyre*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas.
- Coviello, Alfredo (1941): *El sentido integral de las universidades regionales*. Tucumán: La Raza.
- [1941] (1994): *Geografía intelectual de la República Argentina*. Buenos Aires. Secretaría de Cultura de la Nación/ Fraterna.
- Devoto, Fernando J. [2002] (2006): *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gramuglio, María Teresa (2002): "Momentos del ensayo de interpretación nacional. 1910, 1930". *Boletín del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria* 10, pp. 37-50.
- Guy, Donna J. (1981): *Política azucarera argentina: Tucumán y la generación del 80*. Tucumán: Fundación Banco Comercial del Norte.
- Herrera, Claudia (2006): "La elite tucumana: familias, azúcar y poder". *La generación del Centenario y su proyección en el Noroeste argentino (1900-1950). Actas de las VI Jornadas realizadas en San Miguel de Tucumán, 2005*. Tucumán: Centro Cultural Alberto Rougés de la Fundación Miguel Lillo, pp. 57-69.
- Hobsbawm, Eric [1990] (2000): *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Leoni Pinto, Ramón (1995). "Historiografía en Tucumán (1880-1950). Autores, obras y problemas". *La historia como cuestión. In memoriam Antonio Pérez Amuchástegui*. La Rioja: Canguro.
- Martínez Zuccardi, Soledad (2005): *Entre la provincia y el continente. Modernismo y modernización en la Revista de Letras y Ciencias Sociales (Tucu-*

- mán, 1904-1907*). Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.
- Páez de la Torre, Carlos (h) (2004): *Crónica histórica de la Universidad Nacional de Tucumán. Período 1914-1923. La etapa provincial y los comienzos de la nacionalización*. Tucumán: Ediciones del Rectorado, Universidad Nacional de Tucumán.
- (1987): *Historia de Tucumán*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Payá, Carlos y Eduardo Cárdenas (1978): *El primer nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas*. Buenos Aires: Peña Lillo.
- Perilli de Colombres Garmendia, Elena (2000): “Lo regional, instrumento de equilibrio de la nación”. *La generación del Centenario y su proyección en el Noroeste argentino (1900-1950). Actas de las III jornadas*. Tucumán: Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo, pp. 203-215.
- Risco Fernández, Gaspar (1991): *Cultura y región*. Tucumán: Centro de Estudios Regionales/Instituto Internacional “Jacques Maritain”.
- Rojas, Ricardo (1915): *La Universidad de Tucumán. Tres conferencias*. Buenos Aires: Librería Argentina de Enrique García.
- (1909): *La restauración nacionalista. Informe sobre educación*. Buenos Aires: Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.
- (1939): “La nueva independencia”. *Sustancia* 1/I, pp. 6-8.
- Romero, Luis Alberto [1994] (2004): *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Said, Edward [1978] (2004): *Orientalismo*. Barcelona: Debolsillo.
- Terán, Juan B. [1918] (1980): “Origen de una nueva universidad”. *Obras completas: V. La universidad y la vida*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, pp. 11-21.
- (1964): “Proyecto de ley de creación de la Universidad”. *Compilación histórica de la Universidad Nacional de Tucumán. Desde su fundación hasta el 31 de diciembre de 1936*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- Terán, Oscar (2004): “Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980. Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano. O. Terán coord. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 13-95.
- Viñas, David (1996): *Literatura argentina y política: II. De Lugones a Walsh*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Warley, Jorge (1985): *Vida cultural e intelectuales en la década de 1930*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Zuleta Álvarez, Enrique (1975): *El nacionalismo argentino*. Buenos Aires: La Bastilla.